13 publicación semanal literaria

Fundador: JOSÉ MARÍA CARRETERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MARTÍN DE LOS HEROS, 65.

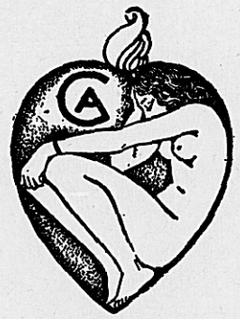
AÑO I — MADRID, 11 MARZO 1933 — NÚM 2

EL CABALLERO AUDAZ

LA MUJER DE MIS NOCHES

NOVELA

Dibujos de BENET
Fotografía de ALFONSO



BIBLIOTECA HACA

MADRID
Imp. Sáez Hermanos. - Martín de los Heros, 65.
1933

Semblanza de El Caballero Audaz

por Vicente Díez de Tejada

—¡Irene! ¡Chica!... ¿Ande diablos se ha metido esta condenada?... ¡Irene!

—¿Qué quiusté, madre?

—¿Se pué saber qu'es lo qu'estás haciendo?

—¡Calderos! ¿N'oye usté los golpes?

—Pa golpes los que s'está perdiendo quien yo me sé... ¿Qué haces, digo?

—Dedicá a las letras... ¡Intelectual qu'es una!

—¡Recondenaos libros, que te van a sorber el seso! ¡Lástima no viniera don Torquemadas, el que quemó los del "Quijote"!

—No es por ahí, madre.

—Por ande sea... ¿Qu'es lo que lees?

—La mar de cosas que dicen de don José María Carretero...

—¿José?... ¿José María?... ¿José María Carretero?... No me suena.

—Porque no está usté costipá.

—Descaros no te faltan.

—¡El Caballero Audaz, madre!

—¡Amos!... ¡Dijeras la ruda y no sería tan conocida!... ¡Pues poco que me ha hecho a mí yorar con sus novelas el tío ese!

—¡Qué bien hablá qu'es usté, señora!

—Mujer, quise decir qu'ese Cabayero es un tío escribiendo.

—Un tío con toda la barba.

—¡Ay, aquella "Sinventura", aquella "Venenosa"...—lo cual qu'ésta se la vi a la Raquel en el cine—; aquella "Bien Pagada"...

—Que no la pagó usté...

—Porque no hay dinero que la pague.

—Y porque se la prestó a usté la señá Inés, la del 7..., y la de tós los sietes, que va la pobre que paece unos zorros...

—¡Cómo escribe ese hombre! ¡Qué modo de conmover, de emocionar!... Eso es conocer a las mujeres, por dentro y por fuera, ¡rediez!, que no paece más sino qu'ese gachó ha sido mujer antes que macho... Y ¿qué dice el papel?

—Le pone por las nubes.

—¿S'ha muerto?

—¡No lo permita Dios! ¡Qué más quisieran más de cuatro!

—Como le alaban los que ya no tienen qu'envidiarlo...

—Pues en parte ha dau usté en la diana, porque también aquí se habla d'eso... ¿Lo quié usté oír?

—¡No que no!... Pero espera un poquitín, que añado el coci... Hoy están los grabieles como balas... Ya está... A ver qué dicen.

"Revista de libros.—"Sanjurjo, caudillo y víctima", por El Caballero Audaz.—He aquí una obra audaz y caballerosa. Su autor, desnudo el bien templado acero toledano—tizona de Cides, lanza de Quijotes—, apartándose del rebaño—de la piara innoble—de aduladores viles, de bravos lanceadores de moros muertos, de agradadores de todos los Segismundos "en palacio", sacudiendo sus sandalias para librarlas del polvo de la nueva Pentápolis, acude en defensa del gran soldado caído, ahora que, por caído, nada puede esperarse de él, fuera de su cordial gratitud, de bien nacido...

"El Caballero Audaz es una espada de dos filos que acorre y que hiere, suscitando amores y odios, gratitudes y envidias. Sobre todo, envidias. Envidia al novelista fecundo, que vende más que nadie; envidia al cronista sutil y punzante, que sabe, en sus "interviews" famosas de "Lo que sé por mí", borrar el justo brochazo que pudiera parecer adulación, con la ática pincelada que punza como aguijón de abeja; envidia al periodista impetuoso, temible en sus juicios, en sus acusaciones, en sus encuestas; envidia al ídolo del público femenino, que enloquece a las hembras disecando mujeres y descuartizando hombres; envidia, en fin, a quien solo, por sí mismo, rompiendo con todos y saltando sobre todo, supo aventar las nieblas de la nada y salir triunfante a los esplendores del éxito.

"Pocos valores tan firmes, tan sólidos, de tan fina ley, existen hoy en el campo de la literatura española como el de "El Caballero Audaz". Los tórculos de las prensas nacionales y extranjeras entonan salmos en loor de sus obras; las baterías del proscenio empinan sus cabecitas, en las que es luz el talento—como en el cerebro del hombre—, para alumbrar su

triunfo; el divino parpadeo del cine tiembla de gozo al ofrecer a la pantalla la emoción de sus creaciones... Esto, que es el éxito, es algo "peor" que el éxito; esto es un regio automóvil; esto es un hogar confortable y bien alhajado, esto es satisfacción de todo apetito, esto es holgura, esto es respeto, esto es temor; esto, en fin, es un talonario de cheques, porque esto, en una palabra, es dinero... ¡Dinero! Dinero conquistado letra a letra (y ninguna protestada) por un novelista español.

"¡Increíble! ¡Intolerable!... Intolerable, no ya a quien se llama José María; pero ni a quien se dé la "importancia de llamarse Ernesto". ¿Qué digo, Ernesto? ¡Ni aun llamándose Ramón!"

—Chica, eso es el Evangelio, y se ve que el que lo dice tira a dar. ...

—Sí, a lo mejor, a dar... un sablazo. Aunque pa mí que no; porque escuche usté el suma y sigue:

"Yo no conozco a "El Caballero Audaz", aunque me lo sé de memoria. No le he visto nunca; no he solicitado de él nada, en ninguna ocasión..."

—¿Lo ve uste, madre?

—Lo veo y no lo creo, hija.

—Pues oiga usté.

"...Pero lo sigo desde los tiempos heroicos de lucha, cuento a cuento, y cuenta a cuenta, desde los tiempos de "La Esfera" y de "Nuevo Mundo"; de los de sus "interviews", tan deseadas como temidas, que hacían sonreír y "sonllorar"; de los de sus primeras novelas atrevidas, "audaces" —con la marca ya de la fábrica—, vocingleras, como alaridos de clarín guerrero, como retos de gallo luchador, hasta sus éxitos rotundos, cosmopolitas, dispersados por el mundo en traducciones, en adaptaciones, en reediciones numerosas; hasta hoy, que volviendo por los fueros de la maltratada, de la maltratada hasta el asesinato novela breve española, tan gloriosa como el inmortal sainete español, como el insuperable "género chico" teatral español, ahogado bajo el peso de sus propios laureles; hasta hoy, digo, que pone en ejecución la gigantesca tarea de resucitar la "Novela Semanal", creada por él, dándole una continuación y nueva vida en LOS 13, que él quiere que sea, a más de una publicación selecta, cobijo de "una secta fraternal de amor y de éxitos, de defensa y de ayuda"...

"Esto, realizado por un ser infalible, sería suprema satisfacción. Desgraciadamente, la formidable empresa adolece de un vicio de origen: entre esos trece figura uno, solo uno, que si casi fué, casi no es ya. "Vivió" como graban los romanos en las laudas de sus tumbas, y a quien—her-

¡mano yerro—la voz de "El Caballero Audaz"—nuevo Cristo ante el ataudado Lázaro—arranca de la paz de su sepulcro.

"Yo soy ese desventurado pecador.—"Confiteor."

—¡Caray! Pues sí qu'está en las últimas el pobre!... ¿Y quién es ese "confitero"?

—¡Qué sé'o! A lo mejor el que nos está tirando de la lengua a nosotras.

—Bien pué ser, porque hay gente pa tó. ¡Ay, que me se socarra el estofao!...

* * *

Quede la continuación del diálogo para otro día... y para otra pluma. Pero antes de firmar dejadme decir, parodiando a la Doctora de Avila: "¡Hasta por entre las ollas anda el Señor... Caballero Audaz!"

VICENTE DIEZ DE TEJADA

BIBLIOTECA NACIONAL TENOCH

LA MUJER DE MIS NOCHES

I

Quisiera poder precisar el día, mejor dicho, la noche en que empezó para mí la doble vida que, durante dos años, me hizo uno de los hombres más dichosos del mundo.

Dichoso y al mismo tiempo desgraciado, porque en esa mezcla agridulce de placer y dolor, de angustia y de delicia, está el secreto de una existencia rara, singular, que me ha sido posible vivir como a ningún otro hombre.

El doctor Eulogio Mandas, mi colega, mi amigo, es un escéptico al que yo desprecio a pesar de toda su ciencia...

El habla de obsesiones, de desequilibrios funcionales originados por el exceso de trabajo mental...

¿Qué sabe él, esclavo de su materialismo, de sus libros de fórmulas, de esta potencia inefable, inaprehensible, que en fuerza de ser tan humana, rebasa los límites de la Humanidad, y que se llama "el alma"?...

¡El alma!... Durante muchos años, yo tampoco creí en ella.

Tenía mis razones...

En mi profesión de médico no me era desconocido ningún resorte de la maquinaria humana... Cientos de veces mi bisturí rasgó la envoltura carnal de los hombres, llegó a sus más profundas vísceras, puso al descubierto paquetes musculares, redes nerviosas, racimos de glándulas...

Violé el secreto del organismo... Encontré masas, sangre, tumores infectos, viscosas adherencias, repugnantes coágulos...

Vi palpitar el corazón, como una esponja roja, y escudriñé el cerebro, blancuzco y blando como una valva marina...

¿Y el alma?... Ficción de románticos, entelequia de poetas. Jamás saltó bajo el filo del escalpelo, ni brotó como una llama viva del resorte de una víscera.

No estaba allí.

No existía.

¡Qué loco estaba yo entonces!

Tenía ojos y no veía. Tenía oídos y no escuchaba.

Ciego de vanidad.

Había tomado muy en serio mi papel de gran clínico, de gran cirujano.

Rara era la semana que pasaba sin que algún periódico ilustrado publicase mi retrato. Infaliblemente, la leyenda, al pie, rezaba:

El ilustre doctor Cristóbal Meravel, gloria de la Ciencia médica española...

Y era que yo había dado alguna luminosa conferencia o publicado un libro técnico o realizado alguna operación difícil...

Todo contribuía a sugestionarme, a imbuirme ese concepto de mi superioridad...

Los cargos oficiales, las condecoraciones que se me otorgaban, la extensión e importancia de mi clientela, las grandes sumas que ganaba en mi consulta.

Al cumplir los cuarenta años era "el doctor de moda" en Madrid. Figuraba en la Academia, presidía Congresos profesionales, traducían mis libros a todos los idiomas, y los hombres más ilustres en todos los órdenes se anotaban en el *carnet* de mis visitas...

¿Cuántas horas trabajaba cada día?... No sé, no sé... El amanecer ya me sorprendía en mi despacho suntuoso pergeñando un artículo para alguna revista técnica...

A las nueve de la mañana visitaba mi sala del Hospital. A las once estaba en mi Sanatorio. A las doce explicaba mi cátedra. A mediodía rara vez dejaba de tener alguna ceremonia oficial o un banquete en el que la lectura de mi discurso era inevitable...

Más tarde, la consulta en mi casa, que me ocupaba varias horas y que a veces tenía que interrumpir para ir a dar una conferencia o para reunirme con otros colegas a la cabecera de un enfermo ilustre y grave.

Y de noche, hasta la madrugada muchas veces, el trabajo reposado e intenso de mis libros, de mis estudios de más seria envergadura...

Caía en el lecho rendido por un sueño profundo, de animal cansado...

¡Mi gran lecho solitario de viudo!

Eugenia, mi mujer, había muerto cuando yo tenía treinta y ocho años... Fué una compañera bella y silenciosa que pasó por mi hogar cual una dulce sombra, deslizándose sin ruido, como temerosa de turbar mis vigilias de estudio.

Una madrugada, a la salida de una fiesta del alto mundo, le llegó a los pulmones un soplo del aire helado de Madrid decembrino. Treinta y seis horas después se había muerto, como si hubiera querido abreviar el trance doloroso para no entorpecer mi actividad, para no entretenerme demasiado quitándome de mis investigaciones, de mis quehaceres...

No me dejó ningún hijo. Tan sólo una sensación melancólica de



ausencia, de despedida y un espacio vacío en nuestro lecho matrimonial.

Durante los primeros meses, para no echar de menos esa soledad, me entregué febrilmente al trabajo, y permanecía sobre mis libros y sobre mis cuartillas hasta muy de madrugada... El cansancio cerraba mis ojos en seguida y me nublaba la tristeza del gran lecho solitario.

Eso fué todo. Después, el olvido suave y piadoso, como un velo gris sobre el pasado...

II

Yo no podía explicarme el origen de aquella dulce laxitud que me invadía por las mañanas al despertarme.

Siempre, en mi vida de constante madrugador, tenía por costumbre saltar del lecho apenas abría los ojos, sacudiendo con enérgico gesto la grata pereza del despertar.

El sentido de la obligación y el hábito, me restituían instantáneamente a mis preocupaciones, y una rápida ablución en agua fría acababa de despejarme por completo.

Empecé a notar una lánguida pereza, como una sensación de delicioso cansancio que, más fuerte que mi voluntad, me retenía en la cama después de despierto.

A veces permanecía casi una hora en un estado agradable de semilucidez, de vaguedad, durante el que la inteligencia pugnaba por abrirse paso a la realidad, sin conseguirlo totalmente.

El sueño era como una red de infinitas mallas que me aprisionaban sin dolor, que yo no podía romper de un solo impulso... Al contrario, la voluntad sólo conseguía irlas deshaciendo una a una, con exquisita timidez.

De continuo me daba la sensación de un regreso lento y paulatino, desde no sabía qué ignotos abismos... Como si viniese ascendiendo por una escala de infinitos peldaños que salvaba uno a uno hasta llegar a la realidad.

Penosa ascensión a veces... Algo muy íntimo se resistía a abandonar aquella grata molicie de sombras; algo impalpable, extenuador, permanecía adherido a mi espíritu, sosteniéndolo embargado, hundido en la deliciosa nada de aquel sueño profundo...

Experimentaba la sensación un poco melancólica de un regreso forzoso, de haber abandonado algo muy querido... No podía precisar qué... Porque mi despertar lento borraba de mi cerebro toda imagen... Tenía la seguridad de haber soñado mucho y agradablemente, pero mis recuerdos se esfumaban de un modo total en las nieblas de mi inconsciencia...

En ocasiones, durante varios minutos, me obstinaba en evocar,

en querer reconstruir las imágenes del sueño, con la vaga conciencia de regustar las emociones que estaba seguro de haber experimentado...

No conseguía hacerlo... Me fatigaba inútilmente...

Y de mis horas de reposo sólo me quedaba aquella sensación de laxitud inefable, de lánguido cansancio, suave y deleitoso como una larga caricia...

* * *

Al cabo, una mañana, entre las nieblas de mi imaginación, en ese instante en que todavía, como en un bello crepúsculo, se funden sombras de noche y claridades de amanecer, en que aún no se han borrado las fronteras misteriosas que separan el sueño de la realidad, pude concretar una imagen ensoñadora...

Todavía de un modo aéreo y sutil, como una ráfaga de un perfume lejano y desconocido, se deslizó en mi pensamiento la figura de una mujer...

¿Quién era?... ¿Cómo era?... No podía precisarlo... Sólo temblaba en mi cerebro el recuerdo de una nacárea palidez... Una palidez infinita de enclaustrada o de muerta...

Estaba seguro: aquella mujer de mi sueño tenía la piel blanquecina, levemente amarillenta, del color de los nardos que empiezan a marchitarse... Lirios blancos, cirios de ofrenda, perlas enfermas... De algo así era su palidez de extenuada... Su figura, sus facciones, se fundían en sombras de imposible esclarecimiento... Pero sobre ese fondo negro de olvido tremulecía su piel, como una azucena de eucaristía, de una nitidez impecable...

Y sus manos: unas manos largas, frías, aristocráticas, de blancura inmarcesible, como dos exvotos de cera...

Manos tibias, que experimentaba la seguridad de haber acariciado, de haber retenido largamente entre las mías...

Aún me parecía sentir su contacto...

Temblaron entre mis dedos como dos palomas azoradas, calientes, sedosas, suavísimas, cual hechas del fino plumón de la pechuga de un ave recién nacida.

Así como a otros hombres, de entre todos los encantos de la belleza femenina, les excitan especialmente a la voluptuosidad los labios o los pechos o las piernas de una mujer, yo he sentido siempre el fetichismo sensual de las manos...

Jamás hubiera podido amar a una mujer con las manos defectuosas o groseras.

Eugenia, mi mujer, tenía una belleza humilde, casi vulgar. ¡Ah!, pero sus manos eran prodigiosamente menudas y finas, de dedos puntiagudos, de una piel ambrina y suavísima...

Aquella aparición de mi sueño tenía las manos próceres, largas, de expresiva nobleza...

Y elocuentes... Se habían borrado de mi cerebro todos los detalles de su figura y, sin embargo, persistía el recuerdo de sus manos trémulas y cálidas...

Un estremecimiento inefable me recorría al evocarlas, al rememorar su contacto... Parecíame sentirlas aún entre mis dedos, o posadas en mi pecho o rozando dulcemente mis mejillas...

Estuve casi una hora preso, hechizado por aquella sensación de delicia...

* * *

En días sucesivos, la voluntad fué obrando el milagro de retener la imagen de mis sueños...

Poco a poco, LA MUJER DE MIS NOCHES se iba precisando, graduándose en mi retentiva con caracteres indelebles...

Ya no tenía vagas apariencias de fantasma, ni se perdía como un jirón de niebla esfumada por las claridades del amanecer.

Tomaba cuerpo, se hacía real en mis sentidos, deslindaba su figura física, con contornos rotundos...

Podía yo rememorarla como a un ser vivo...

Me complacía en hacerlo durante aquella hora de dulce sonnolencia en que, luchando aún con el sueño, todavía no habían vencido en mi espíritu las exigencias de la realidad.

Era alta, esbelta, maciza... Se me aparecía vestida de blanco, con una especie de larga túnica que dejaba ver la maravilla estilizada de sus brazos... La túnica recta, sencilla, como una veste clásica, la ceñía armoniosamente, revelando las gemelas turgencias de sus senos, repujando las curvas firmísimas de sus caderas...

Tenía una belleza de plenitud... Veintiocho, treinta años, acaso...

Nacáreo el pecho, blanca la piel, casi transparente, como carne de hostias litúrgicas... El cuello ebúrneo, mórbido, no era de mármol frío, porque lo humanizaban las azuladas casi imperceptibles estrías de las venas...

La cabellera negra, partida sobre la nuca en dos bucles que le orlaban las sienes y le cubrían las orejas.

El óvalo del rostro señoril, un poco agudo, de barbilla graciosamente hendida... La nariz recta, enérgica; la boca alargada. y los labios finísimos y extremadamente descoloridos, como una herida donde ya apenas queda sangre.

Sus ojos, castaños, relucían con intensidad tremenda, fulgurando como dos raras piedras preciosas, engastadas en los cercos de unas ojeras cárdenas, violáceas, enormes...

Ojeras profundas, de fiebre, de insomnio, de enfermedad...

En la corta serenidad impasible de aquel rostro, las ojeras eran como dos grandes flores viciosas, sugeridoras de raros delirios, reliquias morbosas de pecado, de vigilias ardientes, de monstruosas ansias.



La piel tenía en sus párpados matices cárdenos, casi violáceos, con estrías blanquecinas... Eran como dos aureolas mates, marchitas, en cuyo fondo los ojos tenían transparencias y chispazos fúlgidos de gemas marinas...

Y de toda su figura brotaba un hechizo entre cándido y perverso, de algo fatal y atrayente, que infundía temor y soliviantaba al mismo tiempo ansia de placeres infinitos... Encanto morboso de belleza enferma, convaleciente, atacada de algún divino mal... Tentación de abismo, especie de vértigo de las alturas que atrae y repele al mismo tiempo...

Me hacía dichoso rememorarla así, en toda su plenitud irreal y, sin embargo, tangible, turbadora... Inexistente y única, mezcla de fantasmal aparición y de realidad excitante...

Yo sabía que en mis noches dialogaba con aquella mujer extraña... ¿De qué hablábamos? No podía decirlo... Tenía la sensación de su intimidad, de que nuestras almas no se eran desconocidas... Comunicación inefable de los espíritus que se compenetran sin saber por qué; simpatía irresistible y misteriosa de los afines...

Yo percibía que aquella mujer, tan desconocida, tan imposible, estaba más cerca de mí, era más de mi vida que cualquiera de las innumerables personas que diariamente trataba...

El rostro inexistente me era, sin embargo, más familiar que el de todas las demás mujeres que frecuentaba... Lazos infinitamente sutiles me unían a ella...

Se había metido en mi vida y poseía mis noches... Lo mejor de mí...

Cuando la materia, rendida, era una pobre cosa inerte, mi espíritu vigilante se entregaba a aquellos coloquios irrecordables...

Presentía que a ella le entregaba mi alma, en libertad delirante, sin trabas de prejuicios ni de egoísmos...

Como mi cuerpo bajo las sábanas del lecho, mi alma se daba desnuda a aquella mujer irreal...

Y así ella, la bellísima desconocida, llegó a ser paulatinamente el secreto y la razón mejor de mi existencia.

Yo seguía trabajando en mis libros, operando en mi clínica, explicando mi cátedra, visitando a mis enfermos, atendiendo a mi consulta.

Pero todo ello no eran sino ocupaciones mecánicas, rutinarias, que llenaban mis días.

Y mis días no eran sino el pretexto, el puente necesario para que llegaran mis noches...

Y con la noche, *Ella*. Aquella fusión espiritual, aquellos inefables, larguísimos coloquios de los primeros recuerdos, iban tomando un matiz más realista y turbador...

Yo buscaba el sueño como un refugio inviolable de felicidad...

Hubiese querido empujar las horas estúpidas, frías y vulgares de mi existencia laboriosa, para apresurar la llegada de aquellas otras de sombra y de delicia.

Ya al comienzo de la noche me convertía en otro hombre... Excitado, nervioso, despreocupábame de cuanto a mi alrededor existía, obsesionado por el deseo de refugiarme en mi alcoba, de hundirme en el sueño delicioso de mi secreta felicidad...

Porque aquella rara pasión, aquel idilio misterioso e ignorado, me hacía absurdamente feliz, como no lo fuí nunca en mi existencia real...

Adoré la noche porque me traía aquel paraíso...

Yo, que siempre había amado la claridad optimista del día, odiaba ahora su luminosidad.

Terminados mis quehaceres, me escondía en mi despacho. Cerraba totalmente las puertas, echaba las cortinas de los balcones, encendía las luces eléctricas, para así anticiparme artificialmente la noche.

Dejé de salir después de la cena. Rehuía invitaciones, pretextaba trabajos urgentes, molestias físicas, para dispensarme de toda vida social apenas terminaba el día...

Y esperaba, como un regalo de la suerte, el sueño bienhechor.

Mis noches tenían ya, sobre aquel encanto de los coloquios espirituales, un fuerte, irresistible incentivo carnal...

Recordándolo sentía una vibración exquisita en la médula, un escalofrío, recuerdo del placer, que me erizaba la piel y aceleraba frenéticamente el ritmo de mi corazón...

La mujer de mis noches me poseía ya por entero...

Bajo sus manos sabias, mi organismo, como un instrumento diestramente pulsado, exhalaba infinitos acordes... Toda la gama y toda la lira del placer sensual... Sus besos, succionadores, interminables, derramaban por mis nervios un placer frenético; mi sangre convertíase en lava que me recorría las venas con un fuego infinito y devorador... El contacto de su piel me hacía vibrar como una corriente eléctrica.

¡Horas de locura y de placer inexpresable!...

Se fundían nuestros cuerpos, como arrebatados en la vorágine de una lujuria exquisitamente monstruosa...

Todos los deliquios de la pasión, todos los secretos de la voluptuosidad, la escala interminable de los espasmos quintaesenciados...

Nuestras caricias ya alcanzaban exquisitos refinamientos extenuadores o se precipitaban, como un tropel de fieras hambrientas, en acometidas brutales que se repetían hasta el máximo delirio...

Orgías frenéticas de la carne, hoguera maravillosa cuyos resplandores iluminaban nuestros sentidos y devoraban nuestros cuerpos con un contradictorio tormento delicioso... Sensaciones jamás imaginadas, masoquistas torturas, deliciosamente enloquecedoras, abis-

mos donde la lujuria cantaba delirantes excitaciones y la carne se fundía en combustiones inimaginables...

Embriaguez divina del deseo sin cesar renovado, del ansia jamás satisfecha; carrera inaudita de los sentidos que enloquecían...

Y al final, el espasmo brutal, irresistible; la ofrenda suprema cuya intensidad enorme me despertaba a veces jadeante, extenuado, sudoroso, en un aniquilamiento absoluto...

III

Y a solas conmigo mismo, sentía luego miedo.

Me preocupaba la repetición inexorable del fenómeno.

Todas las noches, como acudiendo a una cita fatal, acudía a la cita de mi sueño aquella adorable mujer.

Poco a poco notaba los estragos de nuestros absurdos deliquios nocturnos... Me extenuaban, me agotaban.

Comprobé una pérdida alarmante de peso, como consecuencia de una falta de apetito que llegaba a hacerse intolerancia gástrica...

El trabajo, que antes era para mí un placer y entretenimiento, me fatigaba cuando no me aburría...

Dejé de escribir de noche... El rimero de cuartillas sobre la mesa de mi despacho me producía tedio, el renunciamiento de una pesadumbre insoportable...

Me dediqué a observarme, a vigilarme, a estudiarme, como un caso clínico ajeno a mí.

Me pareció haber encontrado la clave. Olvido y culpa mía... Emboscado en mis trabajos, atraído por tantas obligaciones, fuí descuidando las exigencias lógicas de mi organismo.

No tuve nunca un temperamento muy sensual. Desde muy joven, las preocupaciones del estudio me alejaron de las inquietudes del sexo. Jamás le concedí al placer más importancia que a otra función fisiológica cualquiera. De haber vivido solo, en un claustro conventual y dedicado a mis libros, hubiera sido un hombre verdaderamente casto... La inquietud sexual sólo aparecía en mí muy de tarde en tarde, más que como una necesidad orgánica, como consecuencia del ambiente, de las conversaciones con amigos, del roce con mujeres...

El matrimonio fué en mí la válvula de escape de esa sensualidad puramente física, sin complicaciones idealistas ni inquietudes cerebrales...

Mi pobre Eugenia pudo jactarse, con razón, de tener un marido absolutamente fiel...

Ella, a mi ejemplo, era también de una sensualidad pacífica, normal y ordenada...

Pero... hacía dos años que estaba viudo... El estudio y el trabajo constituían las únicas ocupaciones de mi soledad. No era enamora-



dizo... Y aunque entre mi clientela y en mi consulta abundaban las mujeres del "gran mundo", bellas, atractivas, elegantes, yo no veía en ellas más que enfermas, "casos" para la observación, organismos sometidos a mi ciencia.

Quizá el origen erótico de mis sueños, estaba en aquella larga abstinencia sexual...

Me había olvidado de que no sólo somos espíritu y cerebro... La carne, relegada, reclamaba sus fueros, imperiosamente, tácitamente... Y al no encontrar respuesta, buscaba para satisfacerlo aquellos cauces turbios y secretos de los sueños que la extenuaban sin llegar a calmarla normalmente...

Medité el caso... Mi "caso".

Tenía cuarenta años. Sin vanidad podía decir que mi apariencia física distaba mucho de ser desagradable. Al contrario: buena estatura, proporcionado, sin grasas superfluas.

Moreno, cetrino más bien, un poco quebrado el color por cierta predisposición hepática...

Correcto de facciones, con cierto atildamiento señoril de apostura...

Algunas canas en los aladares, pero en la piel casi ninguna arruga, y un brillo todavía juvenil en mis pupilas...

Además soy rico; mi herencia paterna se ha acrecentado grandemente con mis rendimientos profesionales.

El "doctor de moda" cobra muy caro sus visitas. Más que por codicia por sostener el rango entre la clientela aristocrática, la cual cree estúpidamente que el caudal de ciencia de un médico se mide por la cifra de su minuta. Tengo, además, un nombre famoso. Soy, en cierto modo, un personaje lo bastante decorativo para satisfacer la vanidad de cualquier mujer...

Sin embargo, no pensé en casarme de nuevo... Me repugnaba un poco la idea de un matrimonio que fuese como una medicina, como un régimen remediador de apetitos puramente materiales...

¿Qué necesidad tenía, además, de nuevas complicaciones matrimoniales?

Sobraban mujeres asequibles en Madrid... A mis cuarenta años no era correcto ponerse a hacer el estudiante enamoradizo, ni mis muchas ocupaciones me permitían perder el tiempo en los preliminares de una aventura romántica.

Fué aquella época un paréntesis raro en mi vida. Contra mi propósito, comprobé que, sin yo querer, era una especie de capricho de las damas, un Casanova o un Don Juan irresistible...

Claro que no soy tan insensato como para atribuirlo todo a mi prestancia física ni a mis dotes oratorias de seducción...

En muchas influirá, sin duda, mi nombre famoso y la generosidad siempre pronta de mi dinero...

Sea lo que fuere, puedo decir que durante una temporada "el

doctor de moda" fué también "el galán de moda", con lo que involuntariamente noté que mi fama profesional parecía acrecentarse con el resplandor de mi leyenda de hombre galante...

Sin esfuerzo, sin poner de mi parte grandes medios ni mucho interés, tuve bellas amantes... Mujeres magníficas, damas distinguidas de prócer cuna, cortesanas famosas, artistas célebres, pasaron por mis brazos...

Sin querer, tenía la versatilidad, la volubilidad cruel, el deseo caprichoso e indiferente de Don Juan...

Como el legendario burlador, tomaba a las mujeres para olvidarlas apenas gozadas, sin que ninguna pudiera retenerme ni dejar huella en mi corazón...

Comprendí el tormento del dipsómano consciente de su enfermedad. Beber, beber siempre y no satisfacerse jamás... Agonía de la sed que no se calma, tristeza de la ilusión que desilusiona, de la quimera que no se logra jamás...

Las más bellas mujeres, las más inteligentes y las más viciosas, me produjeron igual desencanto.

Yo las buscaba para dar pasto a aquella necesidad de mi organismo insatisfecho, para librarme de la obsesión que hacía mis noches tan divinas y terriblemente extenuadoras...

Pero mi carne, que parecía satisfecha, apenas se entregaba a la inercia del sueño, cuando el espíritu obsesionado se apoderaba otra vez de ella y la enloquecía y la extenuaba en quiméricos deli ios...

Todas las mujeres no tenían poder para ahuyentar a aquella extraña mujer de mis noches... Ella era la favorita y la única, la excelsa inexistente cuyas caricias ninguna podía igualar...

Alguna vez pasé las noches fuera de mi casa, por si aquella obsesión era acaso una consecuencia del ambiente y de la costumbre...

Pero en las alcobas mercenarias de los refugios clandestinos o en los lechos propicios de mis amantes, la obsesión me perseguía... Llegué a saborear el placer hasta agotarme, procurando con loca insistencia calmar más allá del límite mis deseos...

Y me rendía en los brazos de una amante ocasional, confiando en que el cansancio me permitiría un sueño profundo, animal, sin quimeras... Pero era inútil... Apenas en los linderos del reposo, volvía a mí la visión inefable y turbadora... Y mientras con más obstinación había yo tratado de olvidarla, con más frenesí me acariciaba, con más furia me poseía, como si la traición reciente la excitara con más vehemencia que nunca, con un morboso regusto de venganza, con un sádico afán de tortura...

Besos de todas las bocas más sabias, caricias diestras de sacerdotisas del placer, espasmos reiterados y delirantes... Ninguno como los de *Ella*; ningún placer como el que manaba infinito de sus entrañas; ninguna caricia tan experta como la de sus manos; ningunos

labios tan sabrosos como los suyos, ningunas pupilas tan alucinantes como las de ELLA...

Comprendí que caminaba hacia un abismo... Que aquella doble vida amorosa aniquilaría en poco tiempo mi organismo, sometido, en la realidad primero y en el sueño después, a un tremendo derroche de energías...

Y desencantado y al mismo tiempo contento, corté bruscamente todas mis aventuras galantes y me restituí a mi soledad...

Desde entonces, y con más fervor que nunca, ya no fuí siempre sino de aquella bellísima y quimérica mujer de mis noches...

IV

¿Quién era *Ella?*... ¿Del fondo de qué distante realidad o de qué lejano recuerdo surgía para venir a mí?

No recordaba haber visto jamás un rostro semejante, una figura parecida... ¿De qué inencontrable, remotísima evocación inconsciente nacía? ¿Fué acaso alguna bella mujer conocida cuando niño, en el alborear de la razón y que la razón no precisaba? ¿Quizá una de esas oscuras incitaciones sexuales de la infancia, que son los primeros aleteos del instinto?...

Era mi tortura averiguarlo. En nuestros diálogos, interrumpiendo a veces sus caricias, yo la atosigaba con mi interrogación angustiosa:

—¿Quién eres?·¿Existes en la realidad? ¿Te he visto alguna vez o eres sólo el fantasma de un recuerdo, de una quimera que jamás habré de alcanzar?... Contesta.

Y ella, con su más dulce voz, impregnándome el rostro de su aliento, turbándome con el flúido magnético de sus pupilas, me contestaba siempre, siempre:

—Existo... Mi espíritu, que viene a ti, responde a una realidad. Soy de carne como tú, y como tú vivo... He de ser tuya de verdad, alguna vez...

—Pero... ¿cuándo?, ¿cuándo?—clamaba yo, desesperado.

Y *Ella,* abrazándome, adhiriéndose a mí, de tal modo que parecía traspasarme y fundirse con mi propia carne, como para succionar los jugos de mi vida, me decía al oído:

—Cuando seas tú todo mío... Cuando para ti no haya sino mi voluntad... Sólo así podrás deshacer el obstáculo que nos separa..., y me encontrarás..., me encontrarás.

Yo no me resignaba al misterio, y demandaba, angustiado:

—Pero ¿qué obstáculo es ése?

Y ella, dulcemente, con infinito mimo, acentuando las caricias que me enardecían, contestaba siempre:

—Ya lo sabrás... Cuando sea preciso... En el momento oportuno... Antes que nadie te lo diré yo...

* * *



Otra noche, recuerdo que estaba recostada sobre mi pecho, enlazada a mí, ceñidas sus piernas a las mías, como una gigantesca hiedra palpitante que se apoderara de un recio tronco... Jadeaba, como yo, fatigada por una de nuestras horas de voluptuosidad inverosímil. Su piel tenía temblores, como si los nervios, vibrantes aún por las sensaciones recibidas, le comunicaran pequeñas descargas eléctricas...

Yo tenía mis ojos, bajo el maleficio de los suyos, irisados de fantásticas reverberaciones... Había en ellos cristales de lágrimas y fulgencias prometedoras de nuevas voluptuosidades infinitas...

Eran esos momentos inefables que siguen a los grandes ritos amorosos... Hora propicia a la confidencia, a la intimidad de las almas que parecen contagiarse de la gratitud de la carne satisfecha por el supremo goce...

Yo demandé de nuevo la explicación de su misterio...

Ella, con voz mimosa, suave, como un suspiro, murmuró:

—Mío, no te inquietes más... Lo sabrás todo en el momento preciso...

—Entonces, ¿podré yo saber algún día dónde te encontraré en la realidad?

—Sí, sí...

—¿Y por qué no ahora? ¿Por qué no has de hacerme totalmente feliz en seguida?

Y ella, dulce, cautelosa, con un inefable miedo, me dijo:

—Calla, calla... Todavía no es posible... Existe un hombre que me hizo muy desgraciada. Mientras ese hombre no desaparezca, no podré ser enteramente para ti... Y has de ser tú quien quite de entre nosotros ese obstáculo...

* * *

Desde entonces, nuestras noches fueron, más que nunca, un torbellino de pasión, de locura...

A las vesanías del placer, llevado a límites imponderables, se unía en mí un sentimiento frenético de rabia, de crueldad, de inquietud insoportable.

Los celos, al mismo tiempo que me mordían en el corazón, eran como nuevos acicates para mi carne... Amaba a LA MUJER DE MIS NOCHES con una especie de furia destructora; hubiera querido destrozarla entre mis manos crispadas de celoso que prefiere perder el tesoro de su amor a saberlo compartido...

Pero ella resistía incólume toda violencia mía en su carne, pues, cuando en mí estallaba la furia, parecía hacerse de sombras, intangible, inapreciable... Para recuperarla tenía que aplacar mis furores, y entonces ella se dejaba otra vez acariciar, se hacía corpórea y humana, bajo mis besos sollozantes y rendidos...

Entonces, mis celos se convertían en un odio intensísimo hacia

aquel hombre, el intruso que dificultaba mi felicidad, que me robaba su belleza idolatrada...

Una madrugada temblaba ella de placer entre mis brazos... Yo contemplaba en sus pupilas luminosas todas las fantasmagorías del deseo, la gama infinita de sus sensaciones, que iban desde la delicia de un placer quintaesenciado a la crueldad de un tormento insufrible...

De repente, su rostro sufrió una terrible transformación; un gesto de infinito espanto crispó sus facciones; quedó rígida; sus ojos, desorbitados, parecían contemplar algo tremendo e inesperado...

De súbito, un ramalazo de salvaje alegría, de júbilo inmenso, cambió aquella mueca de horror; una sonrisa de loca esperanza distendió sus labios...

—¡Oh! ¡Al fin!—murmuró como en un éxtasis de extravío...

—¿Qué te pasa?—le pregunté con infinita alarma—. ¿Qué has pensado? ¿Qué has visto?

Y ella, con la voz concentrada, clavándome, hechizándome con el fulgor magnético de sus pupilas brujas, me dijo, tremante no sabía si de cólera o de esperanza o de **espanto:**

—El hombre que nos estorba se llama el marqués de Arestalí, y es tu amigo...

En aquel momento me despertó bruscamente alguien que me llamaba con insistencia desde el otro lado de la vida: desde la realidad.

Jadeante aún, me incorporé en el lecho... Estaba encendida la lámpara de mi alcoba, y a mi lado, mi criado Miguel balbucía excusas:

—Perdone el señor... Como son las seis de la mañana, no creí que el señor estuviera tan dormido... Y como se trata de un recado urgente, me he atrevido a despertar al señor.

Iba recuperando rápidamente el dominio de mí mismo, y pude interrogarle:

—¿Qué sucede, Miguel? ¿Qué ocurre?

—Por teléfono acaban de llamar al señor. Era urgentísimo; por eso...

—Pero acaba. ¿Quién llama, y para qué?

—De parte del marqués de Arestalí... Esta madrugada le ha dado un ataque en el Casino y lo han llevado muy grave a su casa... Como es amigo del señor...

V

Arestalí era, en efecto, amigo mío. Fuímos camaradas en la Universidad, y aunque después cada uno tomó rumbos distintos en la vida, perduró aquel afecto juvenil.

Nos veíamos muy de tarde en tarde. La existencia de Arestalí se desarrollaba en órbitas bien distintas de la mía...

Por aquella vieja amistad, era uno de los pocos clientes que conservaba de los principios de mi carrera y a los que seguía haciendo visitas cuando ya las había abandonado para dedicarme sólo a la consulta...

Arestalí vivía de un modo un poco extraño. Sólo asistido por dos criados. Su casa únicamente le servía para dormir durante gran parte del día. Trasnochador impertérrito, podía decirse que vivía en el Club o en el Casino. Inmensamente rico, después de unos años de viajar por el extranjero, había echado anclas en Madrid y hacía una vida sedentaria y desordenada.

Diríase que su existencia no tenía más objetivos que el azar y el alcohol. Jugaba sin reposo—punto fuerte en las grandes partidas que duraban toda una noche—y bebía desesperadamente.

Varias veces, los excesos le habían postrado, con severas advertencias sobre su futuro.

Yo acudía a remediarle, salvaba el mal trance, y cuando le hablaba de cambiar su vida, de someterse a un régimen higiénico, me contestaba, sonriendo, con elegante desdén:

—¡Bah, déjalo!... Ya esto pasó... ¡Ahora, hasta otra!

—Pero ¿no ves que te estás matando? ¿Que en uno de estos arrechuchos te quedas?

—¡Y qué más da! Antes o después, es lo mismo... Si al cabo tiene que ser...

Enfermo incorregible. Terquedad de suicida. Yo, cuando le visitaba, me despedía de él, mentalmente, para siempre...

Cualquier noche—pensaba—se quedará allí, en el Casino, fulminado sobre la mesa de juego.

Un milagro de supervivencia el suyo. Tenía una aortitis, de origen especifico, que hubiera podido modificarse con un severo tratamiento... Pero era un rebelde inflexible... Un bebedor empedernido... Por un lado, el principio de esa cirrosis trágica de los alcohólicos... Por otro, la lesión cardíaca, como una amenaza suspendida constantemente sobre su vida...

Fuí a verle... Lo reconocí detenidamente. La cirrosis había hecho progresos dramáticos... Y aquella madrugada, una crisis cardíaca le había derrumbado de su asiento ante el tapete verde...

En el mismo Casino le habían puesto dos inyectables de cafeína... Remedio de urgencia que le salvó la vida...

Aunque débilmente y a saltos, el corazón reaccionaba... Me sonrió haciendo una mueca que yo comprendí.

—Está tranquilo...—le dije—. Por esta vez también sales adelante. Unos días de reposo absoluto, de quietud... y nada más... Yo volveré a la tarde...



Volví... Estaba en un estado de decaimiento espantoso... Respiraba dificultosamente.

Le inyecté aceite alcanforado; le receté Guipsine, para tonificarle el corazón...

Volví a mi casa...

VI

Noche tremenda de tortura... Por vez primera, *Ella* no acudió a la cita... Conciliaba el sueño, y la fuerza de mi desesperación por no verla, por no gozar de sus caricias, me despertaba súbitamente...

En vano volvía a dormirme, evocándola, llamándola, recordándola, queriendo conservar su imagen al entrar en los dominios del sueño...

Todo inútil... Mi imaginación me traía otros motivos: cuestiones profesionales, recuerdos absurdos, quimeras incomprensibles... La figura del marqués de Arestalí se me presentaba una y otra vez tendido en su lecho, demacrado, jadeante...

Pero *Ella* no venía... Era un incendio mi carne soliviantada por los deseos... Un tormento de infierno mis sentidos, que anhelaban voluptuosidades infinitas...

El alba me sorprendió insomne, trastornado, retorciéndome sobre mi lecho como un poseído...

Durante aquella larga noche suspiré, lloré, rugí de ansia y de abandono...

Ella no venía... Y mi carne, y mis manos, y mi alma la necesitaban con terrible afán.

A la noche siguiente, y a la otra, la misma tortura... El sueño que había de traérmela tardaba en congestionar mi cerebro. Desesperado, lo provoqué injiriendo un soporífero... Inútil tarea... La ausente era invisible también... Soñé cosas espantables o cosas ridículas; pero ninguna tenía su forma...

Dos días después, rendido por la nervosidad de toda una noche de inquietud, me quedé brevemente dormido en el diván de mi despacho...

Al momento sentí como una aureola, como un vaho luminoso y cálido, el anuncio de su presencia... Llegó... Permanecía distante, fuera del alcance de mis manos... No se acercaba a mí, como otras veces, tremante de júbilo, aleteantes las manos, en los ojos una luz prometedora y en los labios una oferta de besos...

Permanecía esquiva, huraña, mirándome como con rencor, con odio...

Quise avanzar hasta ella, aprisionarla entre mis brazos, y no logré tocar su cuerpo, que parecía filtrarse entre mis dedos como una columna de humo intangible... La llamé con mi más emocionado acento, la supliqué, me arrodillé ante ella, implorando, llorando, una limosna de amor...

Altiva, desdeñosa, con acento indescriptible, vibrante de encono, sólo habló una vez... Con una voz ronca, iracunda, que parecía lejana, me dijo:

—No seré jamás tuya, ni en el sueño ni en la realidad, mientras viva Arestalí. ¿A qué esperas, si le tienes en tus manos? ¡Mátale!

Desperté, sobresaltado, al entrar Miguel en mi despacho para anunciarme la visita de un cliente.

Si esto sigue así—me dije a mí mismo con infinita angustia—, terminaré por volverme loco...

VII

Yo no soy creyente. Ni supersticioso. No tengo el fetichismo de la vida humana. ¿Cuántas, a lo largo de mi carrera, por la vanidad de creer infalibles los recursos de la ciencia, no se habrán precipitado en la muerte, por inconsciente culpa mía, por un error técnico, por un descuido, por un diagnóstico equivocado?...

Tampoco creo en nuestro origen divino e intangible...

¿Qué había de importarme aquella vida del marqués de Arestalí, envenenada por el alcohol, corroída por la sífilis? Estaba condenada en breve plazo. Dos meses, tres, un año más de excesos era el máximo de su crédito vital, que, por otra parte, él se apresuraría a gastar locamente...

¿Qué más daba que aquel ser inútil, solitario, ocioso, sin familia, desapareciera un poco antes o después? ¿Había de alterarse por ello la mecánica del Mundo?... ¿Qué dejaba tras sí? Ni hijos, ni una obra sin terminar, ni una misión fecunda por cumplir. Todo lo más, un hueco libre ante una mesa de juego, que otro vicioso se apresuraría a ocupar...

De la muerte de aquella humana piltrafa dependía la tranquilidad de mi vida. Mi vida colmada, dedicada a la ciencia, al bien del prójimo que sufría, a mis discípulos, al mundo que esperaba mis libros...

Y dependía, sobre todo, mi felicidad de hombre... Tenía derecho a ella: un derecho cruel y terriblemente egoísta, pero indiscutible...

Estaba destrozándome, inutilizándome... Decididamente aquella especie de carroña aún palpitante, que se pudría en vida, el marqués de Arestalí, era un obstáculo puesto en mi camino...

¿Podía ser esto? ¿Debía ser esto?... Puestas en la balanza su vida y la mía, lo poco que él, condenado a una muerte próxima, perdía, y lo mucho que yo, en la cumbre gloriosa de mi existencia, podía ganar, ¿qué pesaba más? ¿Qué valía más?...

Otra noche de insomnio, de tortura irresistible, de gemir, llorar y retorcerme en mi lecho, asaeteado por los dardos de fuego de los más locos deseos insatisfechos, me decidió.

Quería salvarme. Tenía derecho a salvarme de caer como pretendía, de seguir así, en terribles abismos de desesperación y de locura...

Fríamente me decidí. Aquella tarde, en vez del inyectable tónico y reanimador, de mi jeringuilla se transmitió a las venas del marqués de Arestalí el tóxico fulminante y mortal...

Dos horas después mi amigo no existía... Certifiqué para el forense—que, cohibido por la autoridad de mi fama, ni siquiera miró al cadáver—la muerte lógica; lo esperado. Un colapso cardíaco, la rotura de la aorta, trágicamente dilatada...

Y nada más...

VIII

¡Me había engañado la maldita, la divina mujer de mis noches!

Me había hecho instrumento de no sabía qué oscura, misteriosa venganza; me había convertido en obseso, poseído de su hechizo sensual, y luego en criminal, y se había burlado de mí...

Nunca más volvió a ser mi compañera de lecho; nunca más ciñó a mi cuello las sierpes rosadas y temblorosas de sus brazos; nunca más sus labios fueron en los míos como ventosas succionadoras que me enloquecían; nunca más sus manos pícaras y expertas pulsaron mis nervios para arrancarles la melodía infinita del placer...

Nunca más. ¿Concebís tormento semejante, desesperación más terrible?

En vano quería dormir. El sueño normal no acudía a mi cerebro, y mis horas de insomnio eran potros de martirio...

Recurrí, para combatirlo, a las drogas malditas... Logré dormir en el limbo vicioso de los paraísos artificiales...

Para huir de mi obsesión me obstiné en el trabajo, viajé, quise darme a otras mujeres... Ni mi carne se satisfacía ni logré volver a poseer a aquella mujer maravillosa de mis noches...

Enflaquecía; me debilitaba. Descuidaba mis estudios, mis libros, mis enfermos...

—*Surmenage*—me decía algún compañero—. Una temporada de reposo, para suplir el desgaste orgánico. Son muchos años de trabajar demasiado, intensamente...

Sonreía yo, indiferente. Nadie conocía el secreto divino y terrible de mis noches de soledad, de deseos delirantes, de apetitos insatisfechos, de rabia, de pena y de desesperación...

BIBLIOTECA NACIONAL



IX

¿Cuánto tiempo hace de aquel día?... ¿Fué ayer, hace un mes, hace muchos años? No lo sé... He perdido, desde entonces, la noción del tiempo, y hasta hace poco—no sé cuándo—: un día, un mes o diez años, no he vuelto a tener conciencia de mí.

Fué una tarde. Mi colega el doctor Máximo Morcuende tiene un Sanatorio de alienados en las afueras de Madrid. "Casa de salud", como se llama piadosamente a esos infiernos de la razón.

Uno de sus enfermos, de familia adinerada, sufría, al par que una lesión cerebral, una grave dolencia que parecía hacer precisa una intervención quirúrgica. La radio había dado la presencia en la vesícula biliar de cálculos que le producían terribles dolores... De no operar rápidamente, se temía una perforación.

Fuí llamado a consulta... Morcuende, el cirujano y yo conferenciamos brevemente. Coincidimos en el diagnóstico. A todo riesgo había que operar inmediatamente.

Salí de la habitación del enfermo. El doctor Morcuende me acompañaba hasta la salida del Sanatorio... Cruzábamos un pequeño jardín, por delante de uno de los pabellones...

De repente sentí como un latigazo en la medula...

A diez pasos de mí, por la vereda enarenada, entre los parterres enanos del jardín, avanzaba una dama...

Vestida de blanco, con una larga túnica, hierática, erguida, con un paso lento y rítmico de sonámbula...

Me sentí vibrar, estallar en una oleada de emoción, de rabia infinita, de salvaje alegría...

La dama, pálida, bellísima, de piel como el alabastro, de descote como un campo de nardos enfermos, de ojeras trágicas, cárdenas, enormes, violetas, reliquias monstruosas de enfermedad, de vicio, de placer, ¡era *Ella!*: la quimérica, la imposible mujer de mis sueños...

Mi mano crispada cayó como una garra sobre el brazo del doctor, mi acompañante.

No sé de dónde, en mi inmensa turbación, saqué fuerzas para preguntarle:

—Doctor, ¿quién es esa mujer?

No sé qué habría en el tono de mi voz, que a mi camarada le hizo retroceder asombrado. Y mirándome fijamente me contestó:

—Una enferma que lleva aquí diez años... La marquesa de Arestalí; mejor dicho, la marquesa viuda de Arestalí, porque su marido murió hace unos meses...

... ...

No sé más... No sé más... No sé más...

¿Por qué estoy aquí, en esta habitación que no es de mi casa?...

¿Por qué no se me permite salir, y hay siempre a mi puerta una especie de carcelero sonriente?...

¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Un día, diez, varios años? No lo sé.

Yo me encuentro perfectamente bien. Como con apetito en unos ruidosos platos de porcelana, y mi sueño es profundo y tranquilo como el de un niño sano...

Aquella obsesión maldita me ha dejado tranquilo. Mis noches son plácidas. No siento ya el deseo de la mujer imposible, ni me importa su definitiva ausencia...

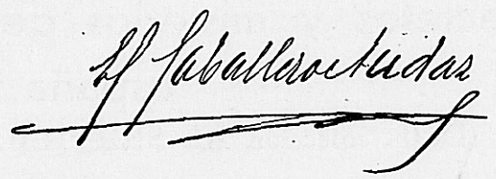
He recuperado la serenidad. Recuerdo aquella época de mi vida como un sueño, como se evoca una enfermedad que no dejó reliquias...

Escribo. Leo. Fumo... Me siento bien... Unicamente no me explico por qué estoy aquí. ¿Qué tiempo llevo en esta habitación? ¿Qué ha pasado?... No lo sé... No lo sé...

* * *

Lo que el pobre torturado no sabía es que, tres meses antes, un suceso sensacional ocupaba el lugar preferente de los diarios más importantes de Madrid, bajo gruesas titulares que rezaban:

"Espantosa tragedia en una Casa de salud. El sabio doctor Cristóbal Meravel, en un súbito ataque de enajenación mental, se precipita sobre una enferma y la estrangula."



Madrid, febrero 1933.

Obras de EL CABALLERO AUDAZ

QUE DEBE USTED LEER EN SEGUIDA

Revelaciones de un espejo mundano

El Demonio en el corazón

(La novela del divorcio)

La Venus bolchevique

(Folletín de amor y de aventuras políticas)

Sanjurjo, caudillo y víctima

(De la colección AL SERVICIO DEL PUEBLO)

Secretos y misterios del terrorismo en España

(De la colección AL SERVICIO DEL PUEBLO)



¡Son los últimos éxitos de EL CABALLERO AUDAZ!

Infórmese usted en las librerías

Pedidos: EDITORIAL PUEYO - Arenal, 6. - MADRID